

# Mickey Spillane

## UN CASO TORTUOSO



UNA NOVELA POLICIACA DE  
**Mike Hammer**

Esta historia comienza con Mike moviéndose a través de las oscuras calles de Nueva York, cuando escucha un niño que emite un terrible grito de miedo. El niño ha descubierto el cuerpo desnudo de una mujer hermosa que había sido asesinada a golpes con un látigo. Así arranca un caso complicado y desconcertante, que implica la muerte de unas cuantas mujeres más y de un reportero de periódico implicado en algunos aspectos de caso, y que le introducirán en la vida sórdida de las prostitutas de la ciudad.

## CAPÍTULO UNO

La cara del hombrecillo era un caos sangriento. Entre las vejigas de color azul negruzco de lo que fueron sus párpados, el brillo mortecino de pupilas apagadas por el asombro, miraba a Dilwick sin comprender. Sus labios eran inflamaciones de piel lacerada, con lentos arroyuelos de sangre dibujando hilillos serpenteantes desde las comisuras de su boca, entre la barba hirsuta, goteando sobre su camisa manchada.

Dilwick permanecía a la orilla de la luz de la lámpara, pendiendo sobre la cabeza del tipo como la espada de Damocles. Estaba transpirando. Su camisa se pegaba a la expansión musculosa de su espalda, con el cuello ajado en torno a su enorme cuello. Hundió más su manaza en el guante de cuero y lanzó el golpe. El sólido choque de su mano abierta contra la mandíbula del hombrecillo fue desagradable. La silla se volcó hacia atrás y la cabeza del tipo pegó contra el piso de hormigón de la sala, como un melón maduro. Dilwick apoyó las manos en sus caderas y miró furiosamente la caricatura que había sido humana.

—Sáquenlo y lávenlo. Luego vuévanlo a traer.

Otros dos patas planas salieron de la oscuridad y levantaron la silla. Uno hizo ponerse al hombrecillo de pie y lo arrastró hacia la puerta.

Dios, cómo odié sus redaños. Se suponía que eran adultos. Cuatro de ellos estaban turnándose para arrancar una confesión a un tipo que no tenía nada que decir. Y yo tenía que presenciarlo.

Se pensaba que sería una advertencia para mí. Ten cuidado, decía, cuando estés tratando de retener información; de no dársela a Dilwick, estarás buscando que te rompa el cráneo. Mira a este pobre diablo, por ejemplo; entonces escupe lo que sabes y permanece cerca para que yo, el Gran Dilwick, pueda hallarte cuando te necesite.

Junté una buena bocanada de saliva y la escupí tan cerca de sus pies como pude. El gordo patas planas giró sobre sus talones y sus labios se retrajeron, mostrando los dientes.

—¿Está intentando provocarme, Hammer?

Permanecí encorvado en mi asiento.

—Tómelo como quiera, Dilwick —repliqué insolentemente—. Nada más estaba pensando.

El gran tipo hizo una mueca burlona.

—¿Pensando... usted?

—Sí. Pensando lo que parecería usted al día siguiente, si intentara hacerme eso.

Los dos patas planas que estaban sacando a rastras al hombrecillo se detuvieron bruscamente. El que se encontraba lavando las manchas de sangre del asiento, dejó de pasar el cepillo sobre el mimbre y contuvo el aliento. Nadie habla jamás en esa forma a Dilwick. Nadie, desde el político más grande en el Estado, hasta el tipo más duro que haya salido de una jaula. Nadie lo hacía nunca, porque Dilwick los haría pedacitos con las manos y gozaría haciéndolo. Ése era Dilwick, el polizone más sucio y rudo que alguna vez vigiló un sector o golpeó un cráneo con un garrote. Era rudo. Rudo, duro, sucio y no temía a nada. Prefería hacer sangrar una cara a comer, y todos lo sabían. Por eso nadie le hablaba de esa manera. Es decir, nadie, excepto yo.

Porque yo mismo soy así.

Dilwick dejó escapar el aliento con fuerza. En el segundo siguiente estaba tratando de agarrarme, pero no le di oportunidad de poner sus manazas peludas en mi camisa.

Me paré frente a él y me burlé en su cara. Dilwick era demasiado grande para estar acostumbrado a ver a un tipo cara a cara. Le agradaba verlos desde arriba. Esta vez no ocurrió así.

—¿Qué cree que haría? —gruñó.

—Haga la prueba y lo verá —respondí.

Vi que su hombro retrocedía y no esperé. Mi rodilla subió y golpeó sus testículos con un choque nauseabundo. Cuando se dobló, mi puño le pegó en la boca y sentí que sus dientes estallaban. Cuando cayó al suelo, su cara estaba comenzando a ponerse azul. Un patas planas dejó caer al hombrecillo y llevó la mano a su pistola.

—Quietos, estúpidos —advertí—, antes que te vuele la maldita cabeza. Todavía tengo mi pistola.

Dejó caer la mano a su costado. Me volví y salí de la sala. Ninguno de ellos intentó detenerme.

Arriba, pasé frente al sargento de guardia; inclinado aún sobre su periódico. Levantó la mirada a tiempo para verme y su mano se deslizó bajo el escritorio. Para entonces, yo tenía ya mi mano a diez centímetros de mi axila, retándolo prácticamente. Quizá tenía familia. Volvió a poner la mano sobre el escritorio, donde yo pudiera verla. He visto ojos como los suyos, atisbando desde un agujero, cuando había un gato en la habitación. Todavía tuvo en él suficiente yo soy la ley, para farfullar:

—¿Lo soltó Dilwick? —preguntó.

Le arranqué el periódico de la mano y lo arrojé al suelo, tratando de contenerme.

—Dilwick no me soltó —repliqué—. Está abajo, vomitando las entrañas, era la misma forma que estará usted si vuelve a hacer eso. Dilwick no me necesita. Sólo quería que presenciara una sesión legal de tortura en el sótano, para mostrarme lo rudo que es. Pero entiendan, vine a Sidon a representar legalmente a un cliente que empleó para llamarme la llamada telefónica a la que tenía derecho al ser arrestado, no a ser intimidado por un piojo gordo que fue

echado de la policía de Nueva York y pagó por entrar a la policía de este pueblucho, nada más para emplear su posición para pescar oro.

El sargento trató de interrumpirme, lamiéndose los labios nerviosamente, pero lo hice callar:

—Además, voy a darles sólo una hora exacta para sacar de aquí a Billy Parks y llevarlo a su casa. Si no lo hacen —y lo dije con lentitud—, voy a llamar al procurador del Estado y a dejarle caer este asunto en las piernas... Después de eso volveré y le romperé la cara. ¿Entiende ahora? Ni *habeas corpus* ni nada. Solamente sáquenlo de aquí.

Para ser un patas planas,apestaba. Su labio inferior estaba temblando por el temor... Eché mi sombrero hacia atrás y salí de la comisaría pisando fuerte. Mi carromato se hallaba estacionado al otro lado de la calle; subí a él y lo hice dar vuelta en redondo. Maldita sea, estaba furioso.

Billy Parks, un bondadoso ex condenado que intentaba seguir el camino recto, pero ¿creen que la justicia se lo permitía? Diablos, no. Cuando surgía cualquier cosa anormal, lo arrestaban y lo pateaban, únicamente porque tenía antecedentes. Seguro estuvo tres semestres en el colegio sobre el Hudson y no estaba demasiado ansioso de hacer alguna cosa que lo pusiera en el curso superior, en el que se tarda una vida para graduarse... Desde que consiguió trabajo como chofer de Rudolph York, yo no había sabido de él... hasta que el pequeño genio, hijo de York, fue plagiado.

La lluvia comenzaba a tamborilear sobre el parabrisa cuando viré para entrar al sendero. Los fanales lo iluminaron y lo siguieron hasta la casa. Todas las luces de la mansión estaban encendidas, como si los ocupantes temieran que un rincón oscuro pudiera ocultar algún terror invisible.

Era una gran mansión, producto de la riqueza y de la buena ingeniería, pero a pesar de su apariencia majestuosa y sus rejas de hierro forjado, alguien había logrado escurrirse al interior, apoderarse del muchacho y largarse. Diablos, el adolescente era una presa perfecta para un secuestro.

Más que un hijo para su padre, era el resultado de un experimento de catorce años. Eso fue lo que obtuvo por educar al muchacho hasta convertirlo en un genio. Se despellejaría de bastantes de sus millones para verlo sano y salvo.

La puerta fue abierta por uno de esos lacayos uniformados, quien siempre debía contar hasta cincuenta antes de acudir. Hizo una seca inclinación de cabeza y cuando menos me permitió protegerme de la lluvia.

—Soy Mike Hammer —dije, entregándole una tarjeta—. Me agradecería ver a su patrón. Y ahora mismo —agregué.

El lacayo casi no miró la cartulina.

—Lo siento mucho, señor, pero el señor York está indisponible temporalmente.

Después de meter un cigarrillo en mi boca y encenderlo, dije:

—Infórmele que es respecto a su muchacho. Se responderá al momento.

Por el modo como me miró, mejor podría haberle dicho que deseaba el pago del rescate en ese mismo instante. He sido tomado por muchas cosas en mi vida, pero ésta fue la primera ocasión en que me tomaban por secuestrador. Comenzó a tartamudear, tragó saliva y luego hizo un ademán en dirección de la sala. Lo seguí al interior. ¿Ha visto alguna vez una manada de gatos callejeros preparados para una batalla nocturna, cuando alguien los interrumpe? Giran en el mismo sitio, con los pelos todavía erizados en sus lomos y miran al intruso a través de las ranuras de sus párpados como si estuvieran dispuestos a destrozarlo para poder continuar su pelea. Una mirada intensa, vigilante, de odio y temor mutuas.

Eso fue lo que hallé, solamente que en vez de gatas eran personas. Sus expresiones eran las mismas. Unas pocas habían estado sentadas; otras interrumpieran sus paseos silenciosos y permanecieron preparadas. Un retablo de odio... Las miré nada más el tiempo suficiente para hacer una cuenta mental de una docena completa y clasificar-

los como un grupo de tragos, cuya moral había sido comida por la carcoma hacía mucho tiempo.

Rudolph York estaba hundido en una silla, mirando inexpresivamente hacia un hogar vacío. Las fotografías en los periódicos siempre lo mostraban como un hombre grande, pero esa noche era pequeño y tenía aspecto de fatiga. Permanecía musitando para sí mismo, pero no pude escucharlo. El mayordomo le entregó mi tarjeta. La tomó sin molestarse en mirarla.

—Es un tal señor Hammer, señor.

No hubo respuesta.

—Es... en relación con el señorito Ruston, señor.

Rudolph York volvió a la vida. Su cabeza giró en forma brusca y me miró con ojos que escupían fuego. Se levantó muy lentamente, con manos temblorosas.

—¿Lo tiene?

Dos jóvenes que podrían haber sido hermosos, excepto por la palidez de club nocturno y la piel brillante, se levantaron al mismo tiempo. Uno tenía los puños cerrados, el otro dejó con fuerza su vaso de jaibol sobre una mesita para café. Avanzaron juntos hacia mí. Alfeñiques. Todo lo que necesité hacer fue mirar por arriba de mi hombro y dejarles ver lo que había en mi cara y se detuvieron a distancia segura.

Volví mi atención otra vez a Rudolph York.

—No.

—¿Qué desea entonces?

—Mire mi tarjeta.

Leyó:

—Michael Hammer, Investigador Privado, —muy lentamente, y después aplastó la tarjeta en su mano. Las contorsiones de su cara fueron extrañas. Exhaló palabras silenciosas, inexpresables, a través de los labios apretados, temeroso de dejarse oír. Una mirada al mayordomo y el lacayo se retiró silenciosamente y luego York se volvió otra vez hacia mí.



—¿Cómo supo respecto a esto? —acusó.

No me agradó este tipo. Por sabio y brillante que pudiera ser, por acaudalado e importante que fuera, no me simpatizaba. Exhalé una nube de humo en dirección suya.

—No fue difícil —contesté—, no fue difícil en absoluto. Recibí una llamada telefónica.

Estaba golpeando la palma de su mano con un puño.

—No quiero que intervenga la policía, ¿me oye? Ésta es una cuestión privada.

—Calma, amigo. No soy de la policía. No obstante, si trata de mantenerme fuera de esto, llamaré a uno de los periódicos y entonces su secreto se irá, en realidad, al diablo.

—¿A quién representa? —inquirió fríamente.

—A su chofer, Billy Parks.

—¿Y?

—Y me gustaría saber por qué lo acusó cuando halló que su muchacho estaba perdido. Me agradecería saber que por qué permitió que lo desfigurasen, sin hacer siquiera una acusación formal, y por qué está manteniendo todo esto en secreto. Y maldita sea, será mejor que empiece a hablar y bastante fuerte.

—Por favor, señor Hammer.

Una mano golpeó mi hombro y me hizo girar, y otra vino de un lado y chocó contra mi cara. El baboso dijo:

—¿Cómo se atreve a hablarle así a mi tío!

Lo dejé hablar y luego le di un revés en la boca, con toda mi fuerza. Entonces, el otro tipo sujetó mi chaqueta. Recibió un jab corto en las costillas, que lo hizo doblarse, y después la palma de mi mano sobre su boca lo hizo erguirse nuevamente. Lo alejé de un empujón y tomé la corbata del baboso en mi mano. Cuando estaba respirando en su cara, torcí la corbata hasta que el color azul principió a subir desde su cuello y luego abofeteé esa cara embebida en whisky, hasta que me dolió la mano. Cuando lo solté, cayó

al suelo chillando, tratando de cubrirse la cara con las manos.

Hablé a la concurrencia en general, en vez de a él:

—En caso de que alguien más tenga ideas como ésa, será mejor que tenga en las manos algo más que un vaso de whisky.

York no se había perdido de un movimiento. Pareció viejo nuevamente. El fuego abandonó sus ojos y buscó el brazo de su sillón. York estaba pasando momentos bastante duros, pero después de haber visto a Billy, no sentí lástima de él.

Arrojé los restos de mi cigarrillo al hogar y me establecí en un sillón, frente a él. No necesitó que lo incitara:

—Ruston no se encontraba en su lecho por la mañana. Había dormido en él, pero no estaba allí. Lo buscamos en la casa y en los jardines, pero no hallamos rastros de su presencia. Debo haberme alterado. Lo primero que entró a mi cabeza, fue que tenía a un ex condenado a mi servicio. Llamé a la policía local e informé de lo que había ocurrido. Se llevaron a Parks. He lamentado haberlo hecho.

—Lo imagino —comenté secamente—. ¿Cuánto está costándole guardar esto en secreto?

Se estremeció.

—Nada. Les ofrecí una recompensa si podían encontrar a Ruston.

—Oh, magnífico. Grande. Eso era todo lo que necesitaban. ¡Cristo, tiene un cerebro de mosca! —sus ojos se desorbitaron al oír eso—. Estos fantoches locales no son policías. Seguro, guardarán el secreto, ¿quién no lo haría? ¿Cree que repartirían la cantidad de dinero que debe estar ofreciendo, si pudieran evitarlo?

Sentí ganas de pegarle en los dientes.

—Fue una estupidez arrojar a Billy a los lobos. Es cierto que es un ex presidiario. Con tres condenas a su crédito, no era probable que se arriesgara a cometer ese crimen. Sería el primer sospechoso, tal como ocurrió. Maldita sea, yo

sospecharía más de Dilwick que de Billy. Está más de acuerdo con el tipo.

York estaba traspirando abundantemente. Enterró la cara en sus manos y osciló de un lado a otro, gimiendo. Al fin se interrumpió y me miró.

—¿Qué haré, señor. Hammer? ¿Qué puedo hacer?

Moví la cabeza negativamente.

—¡Pero debe hacerse algo! Debo hallar a Ruston. Después de todos estos años... No puedo llamar a la policía. Es un muchacho tan sensitivo... Tengo... miedo.

—Yo sólo represento a Billy Parks, señor York. Me llamó porque estaba en un lío. Lo que quiero de usted es que le devuelva su trabajo. Hágalo o llamaré a los periódicos.

—Muy bien. Realmente no importa —su cabeza cayó otra vez. Me puse el sombrero y me levanté y entonces inquirió—: ¿Pero usted? Señor Hammer, usted no es policía, como dice. Quizá podría ayudarme también.

Le arrojé una paja:

—Quizá.

Se aferró a ella:

—¿Lo hará? Necesito a alguien... que sea discreto.

—Le costará.

—Está bien. ¿Cuánto? —¿Cuánto arreció a Dilwick?

—Diez mil dólares.

Dejé escapar un silbido y luego le dije:

—Muy bien, diez de a mil, más gastos.

El alivio inundó su cara como luz del sol. El precio era bastante elevado, pero no parpadeó. Había estado reteniendo esto dentro de sí mismo por demasiado tiempo y estaba contento pasándolo a otro.

Pero aún tuvo algo que decir:

—Es usted duro, señor Hammer, y en mi situación me veo obligado, más o menos, a aceptar. No obstante, para mi propia satisfacción, me gustaría saber una cosa, ¿qué tan buen detective es?

Lo dijo en un tono quebradizo y le contesté del mismo modo. Una respuesta que lo obligó a hacerse hacia atrás, retirándose de mí como si tuviera alguna enfermedad contagiosa. Dije:

—York, he matado a muchos hombres. Le volé los redaños a dos de ellos en Times Square. En una ocasión en un club nocturno, dejé que seiscientas personas vieran lo que había cenado un canalla, cuando intentó asesinarme. Recibió lo suyo con un cuchillo de mesa. Lo recuerdo porque no deseo recordarlo. Fueron demasiado sucios. Odio a los bastardos que hacen de la sociedad algo de lo que pueden burlarse y hacerla presa. Los odio tanto, que puedo matarlos sin el remordimiento más leve. Los periódicos me insultan y la clase de ratas a quienes arreglo me tienen un miedo letal, pero no me importa un pito. Cuando mato, lo hago en forma legal. Las cortes me acusan de ser demasiado impulsivo con el gatillo, pero no pueden revocar mi licencia, porque lo hago bien. Pienso rápido, disparo rápidamente, he matado a muchos. Y todavía estoy vivo. Así de buen detective soy.

Permaneció mudo durante diez segundos completos, mirándome con un horror no disimulado. No había un sonido en la sala. No hago un discurso como ése muy a menudo, pero cuando lo hago, debo ser convincente. Si los pensamientos pudieran oírse, esa casa habría sido un caos de confusión temerosa. Los dos babosos a quienes golpeé parecían como si hubieran estado a punto de ser mordidos por una víbora. York fue el primero que recuperó la compostura:

—Supongo que deseará ver la alcoba del muchacho.

—No.

—¿Por qué no?

—El muchacho ha desaparecido, eso es bastante. El ver su cuarto no ayudará en nada. No tengo el equipo necesario para chapucear con pistas, York. Las huellas digitales y

todo eso es para los técnicos. Yo trabajo con los motivos y la gente.

—¡Pero el motivo...!

Me encogí de hombros.

—Dinero, probablemente. Por lo común es ése. Comencemos por el principio —le señalé el sillón y York volvió a sentarse. Me aproximé más a él—. ¿Cuándo descubrió su ausencia?

—Ayer por la mañana. A las ocho, su hora regular de levantarse. La señorita Malcom, su gobernanta, fue a su habitación. No se hallaba en su lecho. Lo buscó por toda la casa y luego me dijo que no podía encontrarlo. Buscamos por los terrenos, con ayuda del jardinero y de Parks. No estaba allí.

—Ya veo... ¿Y el portero, qué dijo?

—Henry no vio nada ni oyó nada.

—Supongo que entonces llamó a la policía —movió la cabeza afirmativamente—. ¿Por qué piensa que fue secuestrado?

York tuvo un sobresalto involuntario.

—Pero ¿qué otra razón podría explicar su desaparición?

Me incliné hacia adelante en mi asiento.

—Según todo lo que he leído respecto a su hijo, señor York, él es la cosa más brillante de este lado del cielo. ¿No tendría tendencia un joven genio a ser excesivamente nervioso?

Oprimió los brazos de su sillón hasta que las venas resaltaron en el dorso de sus manos. El fuego estaba otra vez en sus ojos.

—Si está refiriéndose a su salud mental, está equivocado. Ruston tenía un gran ánimo, como lo ha tenido toda su vida. Además de ser su padre y un hombre de ciencia, soy también médico.

Fue fácil ver que no quería que se proyectaran dudas sobre alguien a quien había condicionado tan cuidadosamente por tanto tiempo. Lo dejé así, por el momento.

—Muy bien, descríbamelo. Todo. Tengo que empezar por alguna parte.

—Sí. Tiene catorce años. En apariencia, es muy semejante a otros muchachos. Mide 1.55 de estatura, cabellos de color castaño claro, tez rubicunda. Pesa 51 kilos desnudo. Ojos cafés, una ligera cicatriz en lo alto del lado izquierdo de su frente, como resultado de una caída cuando era más pequeño.

—¿Tiene una fotografía de él?

York afirmó con movimientos de cabeza, metió la mano al bolsillo de su chaqueta y la sacó con una instantánea. La tomé. El muchacho evidentemente estaba parado en el patio, con las manos detrás de la espalda, en una actitud típicamente tímida y juvenil. Era un muchacho guapo. Una leve sonrisa jugueteaba en su boca y parecía estar bastante cohibido. Tenía pantalones cortos y un suéter oscuro. Un perro de aguas, manchado, estaba retozando al fondo.

—¿Tiene inconveniente en que la conserve? —pregunté.

El hombre de ciencia hizo un ademán.

—En absoluto. Hay otras, si las necesita.

Después de embolsarme la fotografía, encendí un cigarrillo.

—¿Quién más está en la casa? Enuméreme a toda la servidumbre, dónde duermen; a cualquiera que haya estado aquí recientemente. Amigos, enemigos, gente con quien trabaje.

—Por supuesto —se aclaró la garganta y enlistó a todos los miembros de la casa—: Además de mí, están la señorita Malcom, Parks, Henry, dos cocineras, dos camareras y Harvey. La señorita Grange trabaja para mí como ayudante de laboratorio, pero vive en el pueblo. En cuanto a amigos, me quedan pocos, desde que dejé de dar clases en la universidad. No tengo enemigos, que recuerde. Creo que los únicos que han pasado de las rejas en las últimas semanas han sido comerciantes del pueblo. Es decir —indicó a la

pandilla que estaba en la sala—, excepto éstos, mis familiares más cercanos. Ellos vienen y van constantemente.

—¿Es usted bastante rico?

La pregunta era innecesaria, pero me hice entender.

York lanzó una mirada en torno suyo y después una mueca de disgusto pasó sobre su cara.

—Sí, pero mi salud aún es buena.

Dejé que los vampiros lo oyeran:

—Demasiado malo para ellos.

—Toda la servidumbre duerme en el ala norte. La señorita Malcom tiene una habitación adyacente a la de Ruston y comunicada con ella. Yo ocupo una combinación de estudio y alcoba al frente de la casa.

»No trabajo con nadie y para nadie. Debe estar familiarizado con la naturaleza de mi trabajo; es la de proporcionar a mi hijo una mente capaz de pensamientos e inteligencia mayores de los que se hallan normalmente. Puede ser un genio para usted y para otros, mas para mí es sólo uno que hace empleo íntegro de su mente. Por supuesto, mis métodos son secretos guardados con celo. La señorita Grange los comparte conmigo, pero confío en ella plenamente. Está consagrada a mi hijo tanto como yo. Desde la muerte de mi esposa, cuando nació el niño me ha ayudado en todos sentidos. ¿Cree que eso es todo?

—Sí, creo que es suficiente.

—¿Puedo preguntar cómo procederá?

—Seguro. Voy a esperar hasta tener una señal de quien haya secuestrado a su hijo. Los que plagieron al muchacho deben pensar que saben lo que están haciendo; de lo contrario, no hubieran elegido a alguien como su hijo, que siempre está bajo la atención del público. Si quisiera, podría tener trabajando a todos los policías del Estado. Supongo que no hubo una nota...

—Ninguna en absoluto.

—... de modo que están obrando con precaución para ver qué hará usted. Llame a la policía y es probable que hu-